

como español. Si vivimos este ambiente derrotista es debido a una falsa interpretación de la religión, pero todo a nuestro alrededor sigue siendo religión.

Terminó sus palabras recordando la idea principal de su discurso, que es Dios el que lleva la iniciativa por caminos aparentemente extraños, pero para conseguir, de un modo u otro, los fines que se había propuesto.

Era casi la una de la madrugada y, lentamente, nos fuimos despidiendo. En las mentes de todos los asistentes, por lo menos así lo creo, quedó flotando una vaga comparación entre San Fernando y nuestros actuales gobernantes. Y una oración...

Agustín Losada Pescador.

DISCURSO DE BEGOÑA GARCIA-CONDE DEL CASTILLO

Queridos amigos:

Un año más nos hemos reunido para honrar a nuestro Santo Patrón, San Fernando. La Iglesia celebra hoy, 30 de mayo, la festividad de un Rey Santo que dedicó su vida al servicio de una causa sagrada, y al que su triple faceta de conquistador, gobernante y santo, le llevó en busca de una sociedad cristiana auténtica, de un auténtico Estado Cristiano.

Momentos antes de venir a compartir esta cena de hermandad, hemos estado juntos en Misa, hemos comulgado juntos, y juntos todos, cada uno en su intimidad, hemos pedido a San Fernando, a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Santísima Madre por España. Por esta España nuestra que contempla sin el más ligero atisbo de escalofrío, el desmoronamiento de los principios morales con que se había construido la civilización cristiana. Yo estoy segura que a nuestra petición se han unido aquéllos que ahora echamos de menos por haber compartido ayer con nosotros otras cenas y que hoy están celebrando el día con el mismísimo San Fernando. A ellos, seguro, les ha oído mejor que a nosotros. Por eso a ellos nos confiamos.

Pero la celebración de la Festividad no debe quedarse en meros signos externos. Es una ocasión —como algunas más que se nos brindan a lo largo del año— para volver a considerar el norte de nuestra tarea, el sentido de todo nuestro quehacer diario: desde la labor más ostentosa hasta la actividad más insignificante, desde el tiempo dedicado al estudio profundo de una determinada cuestión, hasta el ocupado en la simple conversación con un amigo.

Estamos empeñados en hacer realidad la presencia de Dios en la sociedad y en la subordinación de ésta a su divina doctrina. Estamos empeñados en la conquista espiritual del mundo, y para ello contamos con las armas más eficaces: la oración, el estudio y la acción eficaz.

La Iglesia nos propone la imitación de un Rey Santo, pues la reconquista de San Fernando fue la auténtica reconquista del Reinado

Social de Cristo. Reconquista que hoy, siete siglos más tarde, reemprendemos nosotros, dedicando nuestra vida, día a día, los sesenta minutos de cada hora, a difundir la Verdad, que al fin y a la postre es la única doctrina que libra al hombre de las ataduras que le impiden llegar a Dios. Y es que, a medida que el hombre se va olvidando de Dios, se va haciendo más esclavo de las pasiones humanas; esclavo incluso del propio hombre. Ello explica que cuanto más se olvida un pueblo de Dios, más esclavo se hace de la represtón política, de la tiranía del más poderoso.

Y ¿por qué se olvida el hombre de Dios? La respuesta no oculta ningún misterio: le resulta gratificante regodearse en el satánico «seréis como dioses», y sustituye el «Dios hizo al hombre» por el «hombre se hace Dios. Aparta los ojos de Dios y los vuelve hacia sí, empieza a quererse y acaba por adorarse. Se olvida del orden insito en la obra del Sumo Hacedor, y se crea él mismo su propio orden. Y, así, como bien señalaba Aparisi y Guijarro: «La justicia de Dios se sustituye por la voluntad del hombre que es muchas veces pasión o capricho».

El hombre moderno está preñado de escepticismo y de materialismo. Es pasivo de espíritu, renuncia a la profundización y acepta sin paliativos lo que lee o lo que oye, no importándole ni cuando ni donde lo lee o lo oye. Está sumido en una anestesia que le permite conservar en grado ínfimo las funciones vitales, pero que le impide reaccionar contra el más mínimo estímulo. Se comporta como una auténtica computadora que sólo da las respuestas que previamente se le han introducido, acorde con un programa también previamente establecido.

Ante este desolador panorama, los amigos de la Ciudad Católica asumen la gravísima tarea de la formación de élites. Elites que sepan cuál es el justo sentido del ser del hombre, de su origen y de su fin, de su significación en el mundo. Elites que posean una formación doctrinal seria y profuda. Elites, en fin, que desde los cimientos naturales, construyan la sociedad cristiana que hemos perdido y que ahora queremos recuperar.

Sabemos —porque así nos lo enseñó Pío XII— que «de la forma dada a la sociedad, conforme o no a las leyes divinas, depende y se insinúa también el bien o el mal en las almas, es decir, el que los hombres, llamados todos a ser vivificado por la gracia de Jesucristo, en los trances del curso de la vida terrena, respiren el sano y vital aliento de la verdad y de la virtud moral o el bacilo morboso y muchas veces mortal del error y de la depravación». Por eso queremos una sociedad donde se respete el Orden inscrito por Dios en el mundo, porque cuando se actúa como si se desconociera, o cuando se desconoce realmente, sobreviene el caos y el hombre se pierde en el farrago de sus propias ideas.

Por ello, para restaurar el tejido social y político, para revitalizar la sociedad, y hacer posible la recuperación espiritual del hombre, es de vital importancia el estudio y la difusión de los principios esenciales e inmutables de la Doctrina Social y del Derecho Público Cristiano.

Speiro, a través de sus publicaciones, especialmente a través de Verbo, ha ido creando un cuerpo de ideas, de direcciones políticas, sociales y culturales. Una doctrina, en definitiva, acorde con la armonía del Orden Natural.

Pero de nada nos valdrá recrearnos en las simples formulaciones teóricas o en románticas declaraciones de principios. De nada nos valdrá

convertirnos en bibliotecas ambulantes. Debemos hacer un acto de voluntad para pasar del saber a la acción, pues es un deber al que no podemos ni debemos permanecer ajenos. A ella estamos todos obligados, cada quién, cuándo, dónde y cómo le dicte su recta conciencia. Acción que no será eficaz sin un estudio previo, ya que la idea debe preceder al acto —operatio sequitur esse—, y el pensamiento al hecho. En este estudio y difusión de la Verdad, de la única verdadera doctrina, hemos encontrado nuestra vocación.

Porque somos católicos, porque tenemos fe en un Único Dios, Creador y Señor del cielo y de la tierra, y porque tenemos confianza en Nuestra Madre, la Virgen Santísima a la que cuidaba San Fernando de llevar siempre en el arzón de su caballo cada vez que emprendía alguna de sus conquistas—, sabemos que nuestra tarea culminará con la victoria.

Y porque tenemos esperanza no nos dejaremos ganar por el desaliento que nace del olvido, de la única razón que debe presidir todo nuestro obrar: la Gloria de Dios, la Salvación de las almas y nuestra propia satisfacción.

DISCURSO DE JUAN CARLOS GARCIA DE POLAVIEJA

Amigos de la Ciudad Católica:

El nombre por el que ha querido definirse nuestro combate intelectual lleva, ya, implícito en las dos palabras que lo conforman, todo lo más nuclear del problema que ha originado la crítica situación de las sociedades contemporáneas, e indirectamente forzado nuestra presencia en la batalla trascendente de las ideas.

«La Ciudad Católica»...

Con la asunción de tal título hemos querido —creo—, poner en el frontispicio de este afán cultural —no con intención de desafío, sino como testimonio obligado de un dogma social de valor universal—, el enunciado breve de esa convicción inalterable por la que creemos que, puesto que Dios existe no como una posibilidad lejana sino con la certeza y potencia de quien es EL SEÑOR, a él se deben todo poder y toda gloria, tanto en el universo material como en el inaprensible.

El enunciado de esa convicción por la que creemos que, habiéndonos enseñado el mismo Dios la forma correcta de orar, responde a la verdadera naturaleza de las cosas creadas el que lo que pedimos al dirigirnos a nuestro Padre, lo apliquemos en nuestra vida individual y colectiva. Y puesto que solicitamos por encargo del mismo Dios que SE HAGA SU VOLUNTAD ASI EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO, debemos poner en práctica su voluntad en todas las dimensiones de la vida, de las cuales no puede de ninguna forma quedar excluida la Ciudad, que no es, en definitiva, otra cosa que la proyección del conjunto de nuestras vidas individuales.

O Dios es el Señor, o no lo es.

Y puesto que —lo creemos y lo sabemos— lo es, no hay razón humana ninguna que justifique el desprecio de su voluntad en las leyes que arbitran el funcionamiento de la Ciudad.

No hay razón humana ninguna que justifique ese desprecio hacia la voluntad del Señor que, nos guste o no, se ha convertido, tras un